



CENIZATE.—Una vista pintoresca de la Ermita de Santa Ana que se esconde humilde entre la pompa de los árboles.



CENIZATE

Grupo gracioso y juvenil de guapas muchachitas de aquella villa.

Fotos "Centauro"

CENIZATE

Don José Pérez Montes, prestigioso alcalde de aquella villa.



LOS CUENTISTAS

Cuento de Reyes



por Vicente Díez de Tejada

Cuando mis hermanitos y yo vimos por primera vez a aquella mujer que iba a ser nuestra madre, «nuestra otra madre», instintivamente retrocedimos, presa de inexplicable terror, e, instintivamente también, nos agrupamos, apretándonos unos con tra otros, como varillas en haz de licitor romano en torno a un hacha, símbolo de unión, creadora de fuerza.

No sabíamos de ella—de nuestra nueva madre—nada, nada, nada, excepto aquello que era todo: que iba a ocupar en nuestra casa el hueco—¡en el que cabría un mundo!—que en ella dejó, al morir, nuestra pobrecita mamá.

Por lo demás, nada, ni el nombre, que se nos había callado; ni la patria, que no se nos había dicho, y que nosotros, sin saber por qué, sin previo acuerdo, decidimos que fuese Basconia, acaso por ser la señora en cuestión alta y cenecía, hombruna, con planos en sus facciones y acentos en su voz, realmente viriles, denunciadores de su energía varonil y de su carácter autoritario y duro.

Tenia los dientes incompletos y cariados—dato positivo para nuestra hipótesis—excepto uno de los grandes incisivos de la mandíbula superior, que, por un capricho de la Naturaleza, se había salvado de las acometidas del comején, y, blanco y aislado, relucía en el centro de su boca, avanzando sobre el labio inferior, como una amenaza. Los ojos eran hermosos, grandes y negros, orlados de arqueadas pestañas y sombreados por finas cejas; pero estaban afectados por un rapidísimo movimiento oscilatorio que mareaba, que aturdiía..., como si realmente estuvieran dibujando una negación eterna o traduciendo el amagar de una mano, anunciadora perdurable de una oculta amenaza irresistible. Aquellos ojos, en los que no resplandecía el más liviano destello de amor, nos sobrecogieron de espanto a todos, y, quizás, sorbidos por ellos, en succión hipnótica, en ellos se clavaban los nuestros, esclavizados, pendientes de sus pupilas inquietas como de un garfio de acero, incapaces de inclinarse a tierra, humildes, huyendo de sus iras, ni de volar a otro lado cualquiera, buscando descanso, refugio, paz, olvido...

Cuando hablabamos de ella no nos atrevíamos a nombrarla, no ya directamente, pero ni aun con rodeos de ninguna clase. «Ella» era, sencillamente, la «tercera persona»; y cuando nosotros decíamos «va a venir»... «ha salido»... «está enfadada»... sabíamos con absoluta seguridad de quien hablará-

mos; como si, fuera de nosotros, el mundo entero se redujese a ella, cuyos ojos incansables veíamos relucir en las sombras de la noche como estrellas del mal en el desgarrón de unos cielos tempestuosos.

Aunque a nadie comunicamos nuestros temores—¿quién se atrevería a hacerlo?... ¿a quién confiar nuestros miedos y nuestras angustias?—, teníamos la seguridad de que aquella mujer había de acabar con nosotros, matándonos, de pronto, acaso con aquel diente brujo, o lentamente, consumiéndonos poco a poco como una calentura maligna.

No es cosa de ponerme yo a referir ahora todos nuestros padecimientos bajo el poder de aquel Poncio Pilatos de nuestra infancia; largo sería ello de contar y no acabaría nunca; pero si quiero relataros una de «sus fechorias»—diciendo «sus» ya sabeis a quien aludo—, la primera, precisamente, por la cual nos confirmamos en nuestra creencia de que estábamos destinados a morir a sus manos, pues con lo que entonces hizo realmente nos mató un poco, hiriéndonos en lo más sensible de nuestro ser, que atacó a nuestra alma, y, con un solo golpe, nos vulneró a todos, asesinando, destruyendo una de nuestras más caras ilusiones, arrancando de raíz y disipando uno de nuestros más dulces ensueños.

Me refiero a la leyenda de oro de los Reyes Magos.

Nuestra pobrecita mamá, alimentando nuestra almas con el pan de la maravilla, más necesario para los niños que el pan de trigo que ha de nutrir sus cuerpos, depositó en nuestro corazón, como semilla de oro, la poética historia doblada de consejo de los Reyes de Oriente: Melchor, Gaspar y Baltasar; aquellos monarcas magos que, guiados por los cordones de luz de la caudal estrella, iban camino de Belén, atravesando países de encantos, en busca del Niño Jesús, recién nacido, muertecito de frío sobre las pajas de un pesebre, en un humilde establo, entre el buey manso y cariñoso, que, con su vaho, lo calentaba, y la mula, estéril para el amor, que, indiferente, se comía las pajas de la yaciga misera. Y estos Reyes—¡aquellos Reyes!—, durante su perenigración piadosa, iban escoltados por dromedarios y camellos cargados de juguetes y de golosinas destinados a los niños buenos, llenando sus zapatitos, puestos en el balcón o en la chimenea, obsequiándolos, pródigos y aun talentosos y complacientes, pues concedían a cada criatura no sólo